

nosotros si todos los que os rodean reclaman un puesto en vuestro corazón?

—No se lo conderé á todos—repuso él sonriendo;—pero á los que se lo otorgue se considerarán ufanos con poner mi amistad á los pies de mi mujer.

—¿Qué habéis hecho á éstos?

—Querréis decir qué me han hecho ellos. El Gobernador me ofreció su casa, sus caballos, y su bolsillo; esta burguesita, que es un alma nobilísima, me ofreció su vida. Soy su deudor.

La comitiva avanzaba rápidamente. Ya faltaban pocas horas para llegar á París. De pronto Aurora lanzó un grito de júbilo: acababa de ver en la lejanía las torres de Nuestra Señora perfilándose majestuosamente en el horizonte, y en breve lanzaron sus campanas á vuelo como para festejar el regreso de los que tanto habían sufrido, orado y amado.

## VIII

### Audiencia en el Palacio Real.

El Regente tenía poca memoria. Nadie olvidaba tan pronto como él á las personas que permanecían algún tiempo alejadas de la corte. Hubiera dejado tranquilamente amanecer á los mejores amigos en los calabozos de la Bastilla si alguien no le hubiese recordado que los había

hecho encerrar por una semana en castigo de cualquier ligero pecadillo. En cambio, una vez recordados se apresuraba á reparar su olvido otorgándoles alguna gracia.

Mucho tiempo hacía que ni se acordaba de la princesa de Gonzaga, de Aurora ni de Lagardère, cuando cierta noche un mensajero de buen aspecto forzó, sin que se supiera cómo, el cordón de guardias que le rodeaba, y le entregó un pliego sellado con las armas de Nevers. El primer movimiento de Felipe de Orleans fué dar un paso atrás, y su escolta iba á precipitarse sobre el intruso, cuando reconociendo los sellos alzó el brazo para ordenar la inmovilidad.

Serían las diez. El Regente estaba de muy buen humor, y se preparaba á asistir á una fiesta organizada por madame de Tencin, en la cual esta dama había proyectado resucitar la antigua festividad de los *disciplinantes*. Al espectáculo acudirán todas las bellezas de aquella corte licenciosa, y Felipe se prometió divertirse mucho.

El desconocido no llevaba armas, y se descubrió respetuosamente.

—La señora princesa de Gonzaga—Nevers—dijo con voz firme—me ha encargado que pusiera esta misiva en manos de V. A.

Dubois se apresuró á intervenir, y dijo con altanería:

—¿Qué quiere este insolente?

—Cumplir su misión. Y ahora que la he cumplido, monseñor, buenas noches.

Se inclinó reverente, se cubrió y se volvió para irse.

—¡Pardiéz!—exclamó el Regente, á quien le hacían mucha gracia aquella desenvoltura y aquellas maneras tan poco comunes en la corte.—¡Por lo menos, podrías aguardar nuestra respuesta!

—No hay respuesta, monseñor. He leído la carta antes que Vuestra Alteza.

Felipe de Orleans examinó al mensajero, y de pronto sonrió.

—Señor de Lagardère, vuestras transformaciones son realmente prodigiosas. Pero no os reconocí, pues no sospechaba que sin necesidad alguna os disfrazaseis para acercaros á Nos.

Con gran asombro de los cortesanos y sin el menor respeto á la etiqueta, el interpelado soltó una ruidosa carcajada.

—¿Yo Lagardère? Vuestra Alteza me lisonjea demasiado; pero se equivoca. Soy Antonio Laho, vasco de origen, y natural de Bayona. Si M. de Lagardère me ha hecho leer la carta en presencia de las señoras de Nevers, fué con el objeto de que pudiera repetirla á la letra á Vuestra Alteza en caso de posible extravío.

—¡Pestel! Paréceme que eres un mozo decidido. ¿Podrías decirme cómo has llegado á merecer esa confianza?

—Si Vuestra Alteza desea saberlo, no tiene más que preguntar á M. de Beruick ó á monseñor de Conti, que sin duda regresaron de España, los nombres de los que formaban el regimiento Real-Lagardère.

—¡Real-Lagardère!—murmuró Felipe llevándose la mano á la frente.—Es un regimiento de reciente creación, sin duda.

El coloquio no agradaba á Dubois, que dijo al oído del Regente:

—¡Que nos esperan en Sait-Cloud, monseñor!

—¡Ya lo olvidaba! Bueno ¡Vuelve á vernos cuando quieras ser sargento de guardias!

—Muchas gracias, señor: pertenezco á monseñor de Lagardère, que hará de mí lo que le parezca.

—Ese Lagardère tiene mucha suerte para atraerse gentes llenas de abnegación. ¡No tengo yo esa dicha!

Y esforzándose para tomar un tono festivo, dijo á su ministro:

—Es un hombre que no tiene pelos en la lengua, lo mismo que te pasa á ti; pero como ni pide ni acepta nada, temo que no llegue á ser cardenal.

—Y yo me temo que á poco que Vuestra

Alteza se detenga á hacer reflexiones, la fiesta de esta noche va á ser un fiasco.

—¡Tienes razón! ¡Al coche señores, y deprisita!

Tres días después llegaban nuestros amigos á la capital del reino, y madame de Nevers pidió inmediatamente audiencia para ella y para Lagardère y Chaverny. El Regente despachaba con su favorito.

—Son muchos á la vez; pero no puedo rehusar ver á la Princesa, ni tampoco negarme á recibir á Lagardère para que me dé las gracias por haberle hecho conde. Por lo que respecta al marqués de Chaverny, es cosa tuya, Dubois: recuerdo que le prometiste un nombramiento de capitán-teniente de mosqueteros grises.

—¡Yo!—preguntó asombrado el Cardenal.

—Tú mismo. Estaba yo delante, y me acuerdo de que te dijo con mucha gracia que él llevaría mejor su mosquete que tú tu capelo. Es cosa que hemos de ver muy pronto. Ve á preparar su nombramiento.

El Ministro hizo un gesto de desagrado.

—El nombramiento no podrá estar corriente hasta mañana—repuso, tratando de disimular su despecho.

—Pues bien; trae uno en blanco: tendré el gusto de llenarlo por mi mano. Creo que no ha de resentirse Chaverny porque no intervengas tú.

Cuando Felipe de Orleans estaba en vena de generosidad, nada le detenía: lo malo es que, distraído con las mujeres, rara vez tenía tiempo de preocuparse de hacer justicia. Dubois lo sabía, y fué á llenar el nombramiento con las orejas bajas, mientras introducían á los visitantes.

—Sentaos, señora—dijo Felipe á la Princesa después de besarle la mano galantemente,—y estad convencida de que nuestro mayor placer consistirá en servirlos.

—Monseñor, nada tengo que pedirlos. Soy la más feliz de las madres. Por dos veces me ha devuelto mi hija el que desde hoy considero como hijo, al que Vuestra Alteza se dignó confiar su espada para una obra de justicia. Tenéis el derecho de pedirle cuentas, y él os las dará como á su señor; pero yo, la duquesa viuda de Nevers, la madre de Aurora y de Enrique de Lagardère sale garante de que ha sido llevada con honor, y si no realizó su tarea por completo, si no castigó al asesino...

—Fué porque se rompió entre mis manos, monseñor; pero traigo los pedazos para atestiguar que no la he rendido.

—Si todas mis espadas tuvieran la misma suerte—dijo Felipe de Orleans con cierto dejo de amargura y como si comparciese ya ante el supremo tribunal de la Historia,—su mérito sería muy distinto del que ha de atribuírseles

por haber pertenecido al Regente de Francia. Lagardère se inclinó profundamente.

—¿La teníais aún en Fuenterrabía y en San Sebastián?

—No, señor.

—Lo siento. Si lo hubiese sabido, os habría mandado otra.

—La que llevaba también os pertenecía, Monseñor, porque sirvió á Francia. La Historia dirá que fué la espada del Regente la que venió á España.

—¡No dirá tal cosa! — dijo lentamente y con más acentuada melancolía el Príncipe.— Pero si se preocupa algún día de lo que hemos intentado para recompensar debidamente el valor, podrá decir que en la ceremonia del matrimonio de mademoiselle de Nevers con el conde Enrique de Lagardère el Regente de Francia hizo bendecir su espada para ceñirla por sí mismo al más digno de llevarla. En cuanto á ti, Marqués, hemos oído decir que necesitas también una licencia de casamiento, pero que exiges que el celebrante sea Dubois.

Aunque siempre fué tratado por el Regente como un chiquillo mimado y revoltoso, Chaverny se sobresaltó y contuvo una respuesta sarcástica, temiendo comprometer á sus amigos; pero muy desagradado y poquísimo amigo del Cardenal, al cabo de un momento no pudo menos de responder.

—Prefiriría, monseñor, que mi unión fuese bendecida por un cura.

—Haces mal en ponerte á mal con Dubois, que te quiere bien, y va á probártelo en seguida.

Llamó el Príncipe, y no tardó en presentarse el Cardenal, que llevaba en la mano el pergamino conteniendo el nombramiento ya listo. Saludó á la Princesa, que no le respondió, y á Lagardère, que lo hizo muy secamente, y adelantándose á Chaverny le dijo:

—El Cardenal no ha olvidado las promesas del presbítero. Ahí tenéis el nombramiento de capitán-teniente de los mosqueteros grises. Apresuraos á obtener el de coronel para que no os lleve yo tanta ventaja.

—Si fuera digno de él, ya me lo hubiera otorgado Su Alteza Real; pero un cargo no merecido...

—Toma lo que te dan, y suspira por lo que queda. Ese nombramiento te lo paga el Regente de su bolsillo. Si el próximo quiere pagártelo Dubois, no lo rehuses tampoco. Te lo pagará con el dinero que me roba.

Cardenal y marqués hicieron sendos gestos: el primero temió que un capricho del Regente le obligase á pagar pronto de su bolsillo el nombramiento de coronel, que costaba muy caro; el segundo temblaba ante la idea de deber algo á Dubois. El Regente se divirtió un mo-

mento contemplándolos, y al fin se decidió á terminar el incidente.

—Ahora, caballeros, nobleza obliga, y Nos no concedemos nuestros favores por nada.

—¿En qué podemos servir á Vuestra Alteza?—preguntó Lagardère.

—Id mañana á ver al señor mariscal de Estrée, y os dirá que dentro de dos días debe de llegar un embajador de la Sublime Puerta, al cual quiere recibir S. M. el Rey con la mayor magnificencia. Ahora bien; Nos tenemos empeño en que el conde de Lagardère secunde al señor Mariscal, y en que M. de Chaverny le escolte de gran uniforme y al frente de su compañía. Ve, Dubois, y anota sus nombres á la cabeza de las listas.

Nunca sintió el Cardenal tantos deseos de rebelarse contra las decisiones del Regente; pero si había noches en que, fomentando sus perversas inclinaciones, hacía de él su ministro lo que quería, en ciertos momentos Felipe de Orleans se acordaba de que gobernaba el primer reino del mundo, y sabía imponer su voluntad con inquebrantable firmeza, recordando á los que había sacado del arroyo que aún tenían lodo en la frente.

En aquel instante el antiguo preceptor del duque de Chartres sentía que el lodo le subía por encima de la cabeza.

## IX

**El embajador del Sultán.**

Sería ocioso contar las competencias entre los gentiles hombres para figurar entre el séquito de Mahomet Effendi, ministro de Hacienda y embajador extraordinario del sultán de Turquía. Como la mayoría de los nombrados lo fueron por intrigas de mala índole, el general de Estrée se sorprendió mucho al recibir la visita del conde de Lagardère, enviado por el Regente, en su palacio de la calle de la Universidad.

—Bienvenido seáis, aunque no tenía el honor de conoceros sino por lo que de vuestra fama ha llegado hasta mí—le dijo el Mariscal. —Temí que S. A. no pensase en enviarme gentes como vos en número suficiente. De toda la lista sólo he podido escoger once: vos hacéis el duodécimo. Es bastante para esta época desdichada, y quizás no que den más en París. Vos no podríais, pues, faltar.

Además de ser un hombre honrado, era un sabio, un literato que por su erudición se había hecho abrir las puertas de la Academia Francesa y de la ciencia. Reputábanle como hombre de talento delicado y marino de primer

orden: esto último lo había demostrado al mandar como almirante en 1703 las fuerzas navales reunidas de Luis XIV y Felipe V; también tenía fama de diplomático. Muy al corriente de las cosas de España, como que contribuyó eficazmente á hacer otorgar la corona al nieto del Rey-Sol, estaba en mejores condiciones que nadie para apreciar lo que acababa de hacer Lagardère. Además, Berwick, Conti y Riom habían rodeado al Conde de una gloriosa leyenda.

Enrique dió al Mariscal noticias de la afectuosa recepción que le había hecho el Regente.

—Me conformo con gran placer con las órdenes de S. A. Ahora sólo falta designar el gentil hombre que se ponga á la portezuela opuesta. Elegid vos mismo. Aquí está la lista.

Lagardère se excusaba, cuando alguien entró y comenzó á hacer su elogio.

—¡Abrazadme, mi querido conde! Hace una hora que voy buscándoos por todas partes!

Era M. de Sain-Agnan, el ex-embajador de Francia en Madrid.

—¡Mil rayos!—exclamó el Mariscal.—¿Podrías decirme dónde habéis visto y conocido á M. de Lagardère, por quien tan grande amistad demostráis?

—Le veo por primera vez—respondió Saint Agnan;—pero he hablado mucho de él con su amigo, que también lo es mío, el marqués de

Chaverny y la Duquesa prepara en honor de ambos y de sus futuras esposas un gran baile. Tengo la aceptación del Marqués; pero deseo la vuestra, M. de Lagardère, y también la vuestra, Mariscal.

Los tres se echaron á reir.

—¿Se trata de un ultimatum?—dijo Monsieur de Estrée.—Lea, mi querido Duque: iremos al baile de la encantadora Duquesa. De aquí á entonces ya habréis podido hacer más amplio conocimiento. Y á propósito, mi estimado Conde: ¿no creéis que ya es inútil buscar... lo que buscábamos?

—Así me parece, señor Almirante.

—¿De qué se trata?

—El Conde os lo dirá. Puesto que ibais buscándolo, os lo cedo: podéis llevároslo.

—No antes que os atestigüe mi gratitud, señor mariscal—replicó Enrique.—Nos habituamos muy pronto á las contrariedades porque podemos luchar contra ellas, combatir las; pero es más difícil acostumbrarse á los honores, y vos me abrumáis...

—Idos, porque vais á obligarme á otorgaros más, y volved pasado mañana.

Cogidos del brazo salieron de la casa, y el Duque llevó al Conde á su palacio para que saludase á Mdme. de Saint Agnan.

Mahomet Effendi llegó á Paris al día siguiente. Pero, por gran personaje que fuera, no

tuvo más remedio que conformarse con los usos y reglas del Protocolo, tan riguroso y etiquetero en aquella época. Durante ochos días tuvo que residir en el hotel Rambouillet, calle de Charenton, y el 16 de Marzo de 1721 fueron á buscarle con gran aparato para llevarle al Palacio de Embajadores, antigua residencia del mariscal de Auere, calle de Tournon.

Abria el cortejo la compañía de mosqueteros grises mandada por Chaverny, y seguidos de treinta y seis turcos á caballo armados de cimitarras y espingardas, el Mariscal de Estrée cabalgaba al lado del Embajador; medio cuerpo de caballo detrás iban el duque de Saint-Agnan y el conde de Lagardère, y á continuación nutrido cuerpo de gentileshombres, el duque de Cresm, gobernador de París; el duque de Gresves; el marqués de Bretonvilliers, jefe del cuarto militar del Rey; los caballeros de la Orden del Espíritu Santo, que eran el mariscal de Bourg y el marqués de Guebriant, con el heraldo de la Orden, M. de Beausse, rey de armas; caballeros del Toisón de Oro: caballeros de San Luis, de la Real Casa, de la Casa y del cuarto militar del Regente, etcétera.

Queriendo dar al Embajador la más alta idea de las bellezas de la capital, el Mariscal de Estrée había hecho el itinerario, que fué una marcha triunfal á través de la ciudad, por

entre una población entusiasta que admiraba al suntuoso y vistosísimo cortejo.

En todas las bocacalles se habían detenido carrozas, y en una de ellas la Duquesa viuda, Aurora, Cruz y Jacinta agitaron sus pañuelos saludando á Chaverny primero, y luego á Lagardère.

Acaso hubiera sido una imprudencia aventurarse por entre aquella multitud á no estar tan bien protegidas. Dos hombres manteníanse á cada portezuela: Navailles y Laho á la derecha, y á la izquierda Cocardasse y Passepoil: tres gentileshombres y un vasco, como decía éste.

—¡Vive Dios!—exclamó el gascón dando un expresivo codazo á su inseparable.—¡Fíjate qué guapo está el pichón! ¡Con razón se lo comen con los ojos todas las damas!

Aurora le oyó y sonrió, más ufana que celosa de la admiración que causaba su novio en el elemento femenino.

El cortejo, que iba al paso, se metió en la calle de la Delfina, y la multitud, que ya no tenía nada que ver, comenzó á diseminarse, produciéndose un remolino y una confusión indescriptibles que permitieron á un hombre subirse al estribo y decir casi al oído de mademoiselle de Nerves, sonriente aún.

—¡Lagardère estará menos guapo cuando yo le clave unas pulgadas de acero en el pecho!

Asustada, no tuvo ni alientos para fijarse en el rostro del que acababa de hablarle, cuando él se perdió entre la multitud que invadía la callejuela oscura y fétida de Nevers, que subsiste en nuestros días.

Aquel hombre era Gualter Gendry, que con toda su banda permaneció constantemente cerca de la carroza tratando de esquivar las miradas de los dos diestros. Por un momento se le ocurrió la idea de dar un golpe audaz y robar á Aurora; pero renunció, pues no tenía nada preparado, y las probabilidades de buen éxito eran problemáticas. Se contentó con su inútil fanfarronada, y escapó, resuelto á combinar un plan para el rapto aprovechando los festejos.

Aurora contó el caso á su novio, que la tranquilizó.

—No tengáis el menor cuidado por mí; pero como no puedo velar por vos, tendréis necesidad de no salir en unos días.

—¿Y no asistiremos á la recepción del Embajador?—preguntó doña Cruz.

El Conde reflexionó un momento.

—Tenéis razón: no me atrevo á privaros de ese espectáculo. Haré que os reserven sitios en las tribunas que levantarán, y no creo que haya quien se atreva á intentar nada tan cerca del Rey.

El viernes siguiente se desplegó mayor

magnificencia que el domingo. Desde la calle de Tournon á las Tullerías contenía á la multitud una doble fila de guardias de corps mandados por el mariscal de Navailles, reforzados con los gendarmes del príncipe de Soubise, dos compañías de mosqueteros, de caballería ligera, etc. El príncipe de Lambese fué á buscar al Embajador.

Mahomet Effendi elevó sobre su cabeza el mensaje del Sultán, se prosternó tres veces ante el trono, felicitó á Luis XV por su advenimiento al trono, y aseguró que su señor tomaba bajo su protección á los monjes que atendían el Santo Sepulcro de Jerusalén, y se retiró andando hacia atrás mientras estuvo en presencia del Monarca. Después le condujeron al palacio de la calle de Tournon con el mismo ceremonial.

Madame de Nevers, Aurora y Flor asistieron á la recepción como se lo había prometido Enrique, y muy satisfechas se dirigían hacia su carroza, estacionada en el muelle del Louvre, donde todavía la muchedumbre era muy numerosa. Parecían haberse dado cita allí todos los mendigos de la capital. Muchos de ellos rodearon á la gentil Duquesita solicitando limosna y separándola de su madre y de su amiga.

De pronto, mientras buscaba monedas de cobre para repartirlas, sintió que un gigante la



sujetaba por un brazo, mientras una mano le tapaba la boca.

La joven se consideró perdida. No podía gritar: lanzó una mirada desesperada en torno suyo, y no vió más que rostros desconocidos é indiferentes; quiso forcejear para soltarse, y la presión de su brazo se acentuó, arrancándole algunas lágrimas. Instintivamente mordió la mano que le servía de mordaza, y una vez libre pudo dar un grito. Á todo esto la arrastraban hacia el Sena.

Á su grito respondió una sarta de juramentos, todo el repertorio de Cocardasse, y el que la sujetaba por el brazo la soltó. Los dos diestros, repartiendo tajos y cintarazos, diseminaron á los mendigos y la condujeron á la carroza.

El *Ballena*, Gendry y comparsa se habían evaporado.

## X

### La araña de hierro.

Felipe de Orleans no se equivocó al prever que poniendo á Lagardère en primera fila con motivo de la recepción del Embajador turco obligaba á la Nobleza y á París entero á pensar en el Conde. Sólo se hablaba de sus proezas y de su próximo matrimonio con Au-

rorra de Nevers. Todos los hombres querían ser sus amigos, y las mujeres, apasionadas por su novela amorosa, le rodeaban en los salones ávidas de satisfacer su curiosidad y de obtener de él alguna frase lisonjera ó alguna sonrisa.

Hasta la misma estrella del duque de Richelieu había palidecido. Chaverny compartía, aunque en menos grado, su favor, y los mismos diestros obtuvieron por reflejo un excelente triunfo de curiosidad, que permitía á Cocardasse satisfacer su sed, y al normando dirigir requiebros y lánguidas miradas á más de una encopetada señora. Acompañaban por todas partes al Conde vestidos de nuevo y elegantemente, y miraban con desdén á los simples mortales. Además, sus bolsas estaban repletas.

Cuando entraban en alguna taberna los rodeaban para oírles contar sus aventuras en España y sus elogios á Lagardère. Así cundió la leyenda, y el Conde se extrañaba de que el populacho le aclamase á su paso ó pronunciara con admiración su nombre. Passepoil se dedicaba muy ufano al amor, y se creía un Tenorio.

En cuanto á Antonio Laho, se había convertido en el *cavallier servant* de Aurora y Flor. El rudo montañés encerraba en su corazón tesoros de abnegación que apreciaban las jóvenes, las cuales en su compañía y en vía de la